

Aspectos de la Poesía de Eguren.

(De "Indagación de la Intimidad")

No cabe la exclusión en nuestra poesía última de un sentimiento romántico. El vive, alienta en su más encendido fervor. El romanticismo, que ya en Prada tenía caracteres tan propios, en la nueva sensibilidad peruana estará representado por Eguren y Vallejo, como en Chile por Pablo Neruda. El phatos del romántico aflora como ayer, pero al mismo tiempo se repliega, se concentra. La espontaneidad romántica halla un paralelo en la espontaneidad surrealista. No es que ubiquemos en esta escuela a los poetas citados. La tomamos como una de las más representativas de las escuelas modernas. Sólo que la espontaneidad romántica arrastra, tras sí, todo lo que es característico del movimiento romántico: pasión por la libertad individual, culto por la naturaleza, egolatría; y, la espontaneidad del surrealista es la espontaneidad del subconsciente. El lenguaje simbólico del subconsciente—dice Salvador Dalí—es el único lenguaje realmente universal, ya que no depende de un estado especial de la cultura ni de la inteligencia, sino que reposa y es la consecuencia misma de las grandes corrientes vi-

tales: el instinto sexual, el sentimiento de la muerte, la noción misma del enigma del espacio. El Romanticismo insurgió contra la escuela clásica precisamente porque ésta representaba ese estado especial de la cultura. El Romanticismo, como el Surrealismo, representa, pues, alteración vital.

Inútil es hacer notar sus diferencias formales. La literatura de post-guerra tiene un ritmo dinámico; precísase él en la forma concisa, esquemática. Pero en este esquematismo, sobre el cual la imagen se yergue triunfante, cabe decir que lo romántico se ha filtrado certeramente. Allí están en nuestro paisaje poético, esos puros versos de Carlos Oquendo; allí, a pesar de su irrealidad:

“En mi sueño pastaban elefantes con ojos de flor”.

existen versos como el que dedica a la madre:

“Tu nombre viene lento como las músicas humildes”.

verso que constituye una de las más puras expresiones románticas contemporáneas.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

En la poesía de José María Eguren constatamos, en primer lugar, su trascendencia simbolista, a la cual va unida, desde luego, lo que es propio de esta escuela: el sentido musical y el del color. En paralela importancia, otorgándole categoría extraordinaria, se desenvuelve su entonación rítmica romántica. Asociamos, pues, en una poesía dos escuelas: Simbolismo y Romanticismo. De esta fusión emana el arte de Eguren.

Mariátegui ya nos había dicho que nacida medio siglo antes, esta poesía habría sido francamente romántica. Y nos recordó, también, las palabras de Maurras al emparentar el

Simbolismo con el Romanticismo. En este itinerario de la expresión romántica en nuestra poesía no podríamos dejar de detenernos ante el paisaje egureniano. De él van a brotar las más puras voces de la intimidad. A la búsqueda de una queja de amor pura, hemos estado por nuestro Romanticismo tradicional. Gigantes olas imprecatorias, estruendosos tifones verbales la mayoría de las veces sólo hemos hallado. La hallamos ahora, en Eguren. No por cierto en análogo mar que Eguren no es retórico nunca, pero sí en ese otro—que también es pureza—: el de su fantasía y su delirio. Si su auténtico temperamento romántico se plasma en expresiones de extraordinaria sencillez, ajeno a todo mundo de milagrería, a toda meditación, su fantasía y su delirio, desde lo alto de quién sabe qué torre descienden al mundo plástico en alas de la imagen. Entonces Peregrín cazador de figuras está alegre en su noche de falenas y de llamas.

Chocano ha aprehendido a la montaña con la mágica red de sus metáforas. El tropo, hemos dicho, plenamente ha eclosionado con él en nuestra poesía. Relacionándolo con Eguren podríamos establecer una ecuación obje-subjetiva: la metáfora es con respecto a Chocano lo que la imagen es con respecto a Eguren, aunque en el fondo la diferenciación de uno y otro elemento de poesía sea de suma sutileza. Podríaseme objetar que Chocano nunca deja de ser imaginífico; que no hay límite estricto—convencional o arcifinio—en los dominios de la metáfora y de la imagen. Sí; pero la imagen de Eguren llega a ser opuesta. El mundo de la imagen en lo que es pureza insospechada, mágica coloración onírica, pertenece a Eguren. Sería manido establecer un paralelo entre Chocano y el poeta de "Simbólicas", pero en un ensayo en el que incidimos en aspectos de la metáfora y de la imagen, no hubiéramos podido dejar de relacionarlos.

Nuestra valoración romántica de Eguren se refiere a lo que es contraste, precisamente con nuestro Romanticismo "clásico". Eguren es romántico por su predilección evocativa.

Los títulos mismos de algunos poemas lo demuestran: “Antigua”, “Antañera”. Del Romanticismo conserva—como observaba Jorge Basadre, la actitud estremecida ante la vida. Pero no tiene su arrebató. La queja egureniana no es la queja de Vigny o de Múset; y al relacionarlo con los románticos, sólo podríamos hacerlo con los franceses. Eguren hace en nuestra rutina poética, el milagro de su confianza emotiva:

“Yo quisiera dar vida a esta canción
que tiene tanto de tí”.

o como en “el Romance la Noche Florida”:

“No despiertes lejana de mi vida”.

Este esteta de la palabra, este mago de los hallazgos verbales nos ha dicho su tristeza, ahora, con las palabras más sencillas.

No sucede sin embargo lo mismo en “La muerta de Marfil”, que aunque pleno de emoción no ha podido Eguren dejar de meditar en su significación estética. Actitud constatada en los términos excesivamente buscados, quizás, de tramontana, brilladora y núbil áurea.

Pero no pensemos que este romanticismo suyo, trascendente sí, llegue a nublar al simbolista. El exceso de sutileza en la expresión, el amor por los asuntos extraños, el desdén por la anécdota social, el antinaturalismo, el paisaje arbitrario, todo lo que Enrique Díez Canedo señala como los cánones esenciales del Simbolismo, se cumplen plenamente en Eguren. A la paradógica serenidad de la expresión romántica que hemos subrayado en él, sabemos que domina ese temblor por las cosas vagas, indefinidas y misteriosas. Tal vez

estuvo atento a los matices melancólicos de Verlaine. Tal vez, como Basadre lo sugiere, su temblor romántico procede del romanticismo inglés. Del americano, una sola influencia encontramos definida: la de José Asunción Silva.

Eguren, como de Silva decía Unamuno, tiene su infancia a flor de alma. El amor a la infancia y el amor a la muerte que se abrazaron en Silva, presentes están en la obra de Eguren. Hay en éste como en aquél, la obsesión de una muerta y con el mismo candor y sencillez de infantes los dos la evocan. Sólo que Silva es ese niño grande como decía el mismo Unamuno, "que se asoma al brocal del eterno misterio, que dá en él una voz y se sobrecoge de sagrado terror religioso al recibir el eco de ella prolongado al infinito y perdiéndose en lontananza ultracósmicas en el silencio de las últimas estrellas" y que Eguren, niño, halla el misterio, con terror y alegría en la sombra y la luz de su paisaje.

El romanticismo egureniano lo asociamos al de los poetas de la segunda fase del Simbolismo. No a la que dió a Moreas, Maeterlink o Van Laberghe—aunque con ellos no podemos dejar de relacionarlo por su encantamiento, sutileza y vago terror, sino a la de Francis Jammes y Charles Guérin, y lo relacionamos porque en esta segunda fase con Enrique Díez Canedo advertimos "un mayor predominio del sentimiento de humanidad, un tono íntimo que sale de lo profundo de la conciencia, no para morir en ella, sino para dramarse en lo circunstante inmediato".

Hemos dicho que Eguren halla el misterio con terror y alegría en la sombra y la luz de su paisaje. ¿Cuál es el paisaje de Eguren? Es ese paisaje abstracto del que hemos hablado, interpretación ésta que coincide con la que Estuardo Núñez nos expone en su exégesis de Eguren: "El poeta ha de elaborar un concepto del mundo, ha de unificar los diver-

esos elementos que le ofrece el paisaje, en su propósito de definir un concepto personal y artístico de las cosas. Las palabras y los sonidos, las sensaciones transpuestas, el símbolo, le han de servir para recrear un universo mágico, una naturaleza sintética, un paisaje inespacial, intemporal. A tal extremo llevará la interpretación artística que no será posible en poesía hablar de paisaje en modo absoluto. Habrá un paisaje para cada creador, una versión para cada espíritu". El paisaje, pues, en este universo mágico egureniano estará representado substantivamente por el bosque. El bosque aparece a través de toda su poesía. Desde las primeras, hasta "Rondinellas". Por esto Eguren es un poeta indio, es un hermano, en el transcurso de los siglos del dulce Kalidasa. Crea su bosque y se pierde con gozo y con espanto en él. El mar en Eguren es un mar a la distancia, un mar, las más de las veces tan inalcanzable como la Carasona de Lord Dunsany. Pocos, muy pocos, comparativamente a esta presencia forestal, son los versos en los que alienta la emoción marina. El milagroso preciosista que es Eguren no hallado en el mundo del mar nácares verbales que ofrecernos; su más trascendentales poemas, en este aspecto, son precisamente aquellos despojados de toda galanura en la palabra, tales "El Capitán Difunto" y "Las Naves de la Noche", poema este omitido tan injustamente en la Antología que se editó hace pocos años. En cambio por el bosque ha pulido los más extraños marfiles de su léxico; ababoles, coboldos.

Pero no es para Eguren el bosque,—como lo es para la poesía indostana—un santuario donde el iluminado se interna gozoso para liberar su espíritu de los interminables avatares. Eguren no es un poeta místico. En él—como de Góngora y de Garcilaso afirmaba Azorín—nunca aparece un verso de esta emoción. "La Abadía" o "La Capilla" en "Colonial" son expresiones, en este orden, intrascendentes. Eguren está en su bosque como está en él el niño que lee

cuentos de hadas. Alegre a veces; siguiendo mariposas, esos “ángeles mínimos del viento” como el poeta las llama.

Su curiosidad, su infantilismo, su candor, saben de las más recónditas grutas donde viven esa flora minúscula y esos insectos dorados que detestan a Juan Volatín. A los poemas, muy pocos, donde el bosque no aparece, llega casi siempre este niño portando en su cesto de imágenes, sus elementos para decorarlo: las cincindelas que cubren las barbas de sueño del mágico verde de “Las Bodas Vienesas”, o esas “flores azules” que lleva en el mismo poema “la bárbara y dulce princesa de Viena”.

Esta curiosidad, esta alegría se vuelve melancólica en los versos, ya citados, de “Balada”:

“Los niños anoche
hallaron a un ángel dormido en el bosque”.

o en “Rondinellas” cuando evoca:

“El árbol de caramelos que en la infancia
buscábamos en los paseos de la tarde”.

«Jorge Puccinelli Converso»

Melancolía que se transforma en terror en el bosque de “El Dios de la Centella”:

“Los seres de los bosques se incorporan
oh espíritu que sueñas, en tanto que las frondas
cambian obscuras señas”.

Y que es persistente entonación trágica en “Los Reyes Rojos”:

“Por verde bosque
y en los purpurinos cerros
vibra su ceño”.

o como cuando en “El Dolor de la Noche”:

“Se oyen voces dolientes, lejanas, detrás de los cerros
es el canto del bosque perdido
con la gama antigua de silvestres notas
o el gemir del turbión ignorado
por vegas y sombras”.

Mariátegui decía de Prada que era el predicador de una creencia; de Prada “que predecía el tramonto de todas las creencias”. Respetaba en ese ateo su ascetismo moral. Entendamos también la devoción de Eguren por su bosque si no como un misticismo trascendente, sí como una verdad religiosa. En él está por la pureza de su espíritu, por auténtico candor angélico, porque teme, como los brahmanes, al estrépito del mundo. Obedece al pensamiento de Tagore de arrodillarse frente a los grandes árboles porque ellos son oraciones. Sólo que su genuflexión es nerviosa y rápida como la del niño. Le esperan también en su bosque, florecillas de oro, tréboles enanos, “luces de ensueño opalinas” y su asombro infantil ante ellos, será también su oración.

Tagore en una conferencia pronunciada en la Universidad de Ginebra sobre la significación que tiene el bosque en la literatura india, hacía un distingo entre la sensibilidad oriental y la occidental en lo relativo a su percepción del paisaje de la floresta y del mar, respectivamente. “En Europa—decía—la historia de los hombres del norte está estrechamente unida al mar. El mar no representa para ellos solamente un medio geográfico: simboliza ciertos ideales de vida”. Si Eguren es poeta nórdico, europeo por su percepción sutil, por algunos asuntos temáticos de su primera obra—por ejemplo “Las Walkyrias”—, en lo que respecta a esta obsesión del bosque es un poeta hindú que no ha olvidado a sus elefantes milenarios:

“La muerte del sauce viejo
miraban los elefantes
cerca de los sauces bermejos”.

No son muchos—hemos dicho—sus poemas de emoción marina. Cuando el mar aparece, es un mar quintaesenciado en melancolías. Nunca, como Sabat Ercasty, podría decir ante él: ¡alegría! Sólo una vez, ante el paisaje marino nos defraudará su romanticismo, sólo una vez nos hará una confianza lacrimosa y pueril, que se hermana a la de los bardos ochocentistas. Es cuando en “La Barca Luminosa” exclama (¡Eguren, que nunca ha exclamado!):

“¡Oh tú mujer divina con el radiante hechizo
de luces pasionales que te circunda y dora,
¿me olvidarás? ¡Oh bella que el noble cielo hizo
para ser la alegría del alma que te adora”!

«Jorge Puccinelli Converso»
Pero en cambio en el “Lied III” dice:

“Hoy la mística blancura ha muerto
con toda la tristeza del mar”.

o:

“En la costa brava suena la campana
llamando a los antiguos bajeles sumergidos”.

En “El Romance de la Noche Florida” el mar adquiere en el pathos romántico de Eguren la más pura y desolada tristeza:

“¡Niña de gentiles ojos
duermes!
cuando se oye el Romance de la noche florida.

Como el botón de enero
en letargía sueñas!
distante tu alma ríe en la marina oscura
del Septentrión falaz.

No temes pánicos azares
de la luna borrada
y la visión del mar.
Viajadora del sueño
sigues la barcarola de un infinito sin amor.

Como el perfume, errante tu suavidad se aleja
a las estancias hondas, sin fin de los preludios
y es tu esperanza leve.

Te apartas de mi noche fenecida
en tu bajel de sueño, como a funestas brumas
tiende sus alas el alción feliz.

Llamáronte las ilas engañosas
las figulinas pálidas
del mar.

Sola en tu sueño, cuando en jardín amante
la estelaria azul te espera,
no sientes el romance de esta noche florida,
no despiertas,
lejana de mi vida.

Hemos transcrito íntegramente este poema porque
creemos que es el representativo de su nostalgia infinita,

de aquello que nunca puede ser desgarrado, sino callada desesperación. "Viñeta Obscura" lo será, en cambio de su terror, de su asombro. Son estos dos instantes la transposición marina de los de "La Muerta de Marfil" y "El Andarín de la Noche".

ENRIQUE PEÑA BARRENECHEA.

